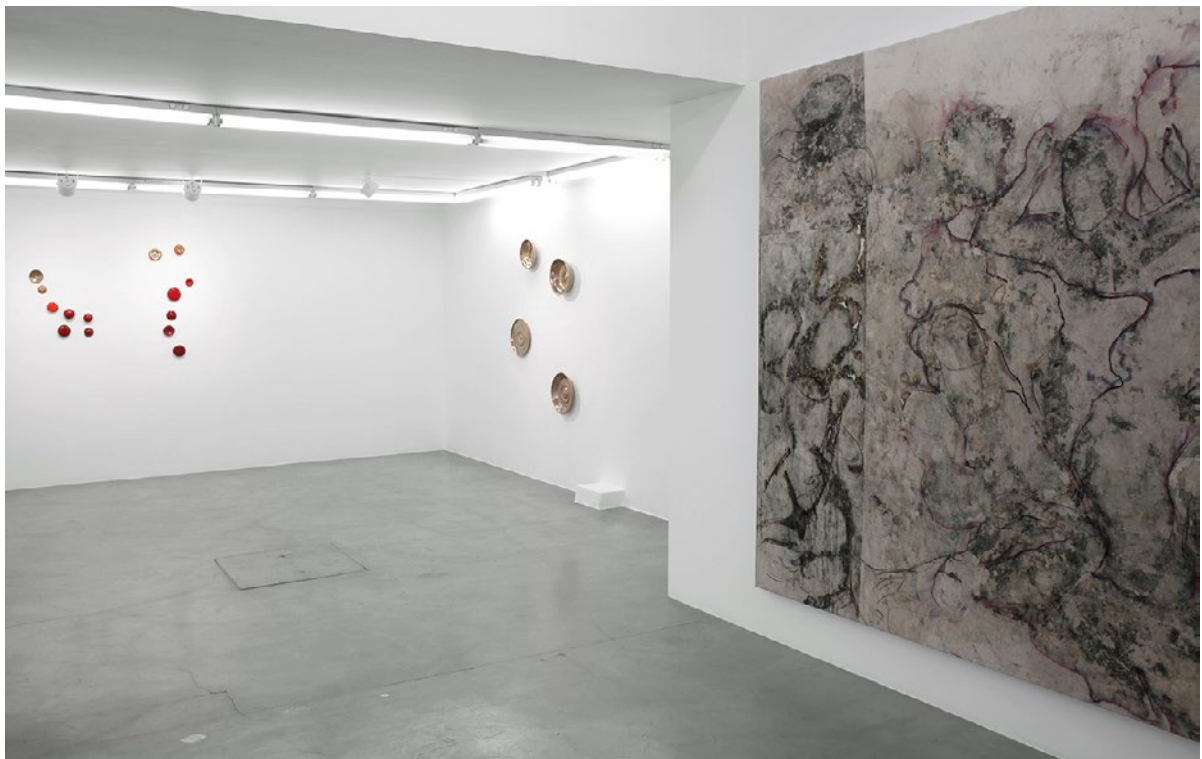
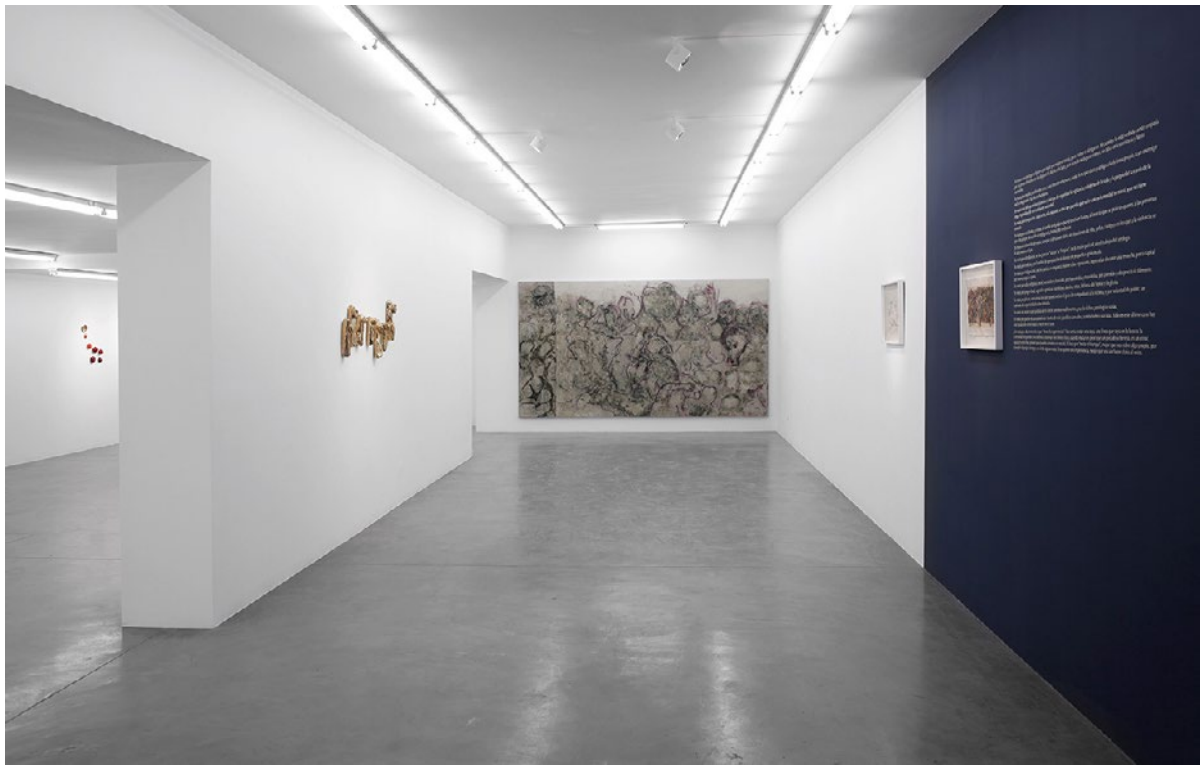


HACHE

Loyola 32, [C1414AUB]
Buenos Aires, Argentina
+5411 4856 8787
info@hachegaleria.com
www.hachegaleria.com

GABRIEL BAGGIO



Vistas exhibición *MATAR Y MORIR*, HACHE

Exhibition view *MATAR Y MORIR*, HACHE, Buenos Aires, Argentina, 2020

GABRIEL BAGGIO



Vistas exhibición *MATAR Y MORIR*, HACHE

Exhibition view *MATAR Y MORIR*, HACHE, Buenos Aires, Argentina, 2020

GABRIEL BAGGIO



Vistas exhibición *MATAR Y MORIR*, HACHE

Exhibition view *MATAR Y MORIR*, HACHE, Buenos Aires, Argentina, 2020

HACHE

GABRIEL BAGGIO



Matar y morir, 2019 | *Matar y morir*, 2019

Gouache sobre papel | Gouache on paper

100 x 130 cm | 39.4 x 51.2 in

Inventario | Inventory: GB0043

HVCHE

GABRIEL BAGGIO



Matar y morir (boceto), 2018 - 2019 | *Matar y morir (boceto)*, 2018 - 2019

Barniz acrílico sobre impresión laser | Acrylic varnish on laser printing

19 x 29 cm | 7.5 x 11.4 in

Inventario | Inventory: GB0037

GABRIEL BAGGIO



La condición humana, 2018 | *La condición humana*, 2018

Cerámica esmaltada con lustre de oro | Enameled ceramic with gold luster

60 x 130 x 7 cm | 23.6 x 51.2 x 2.8 in

Inventario | Inventory: GB0044

GABRIEL BAGGIO



DETALLE | DETAIL

La condición humana, 2018 | *La condición humana*, 2018

Cerámica esmaltada con lustre de oro | Enameled ceramic with gold luster

60 x 130 x 7 cm | 23.6 x 51.2 x 2.8 in

Inventario | Inventory: GB0044

GABRIEL BAGGIO



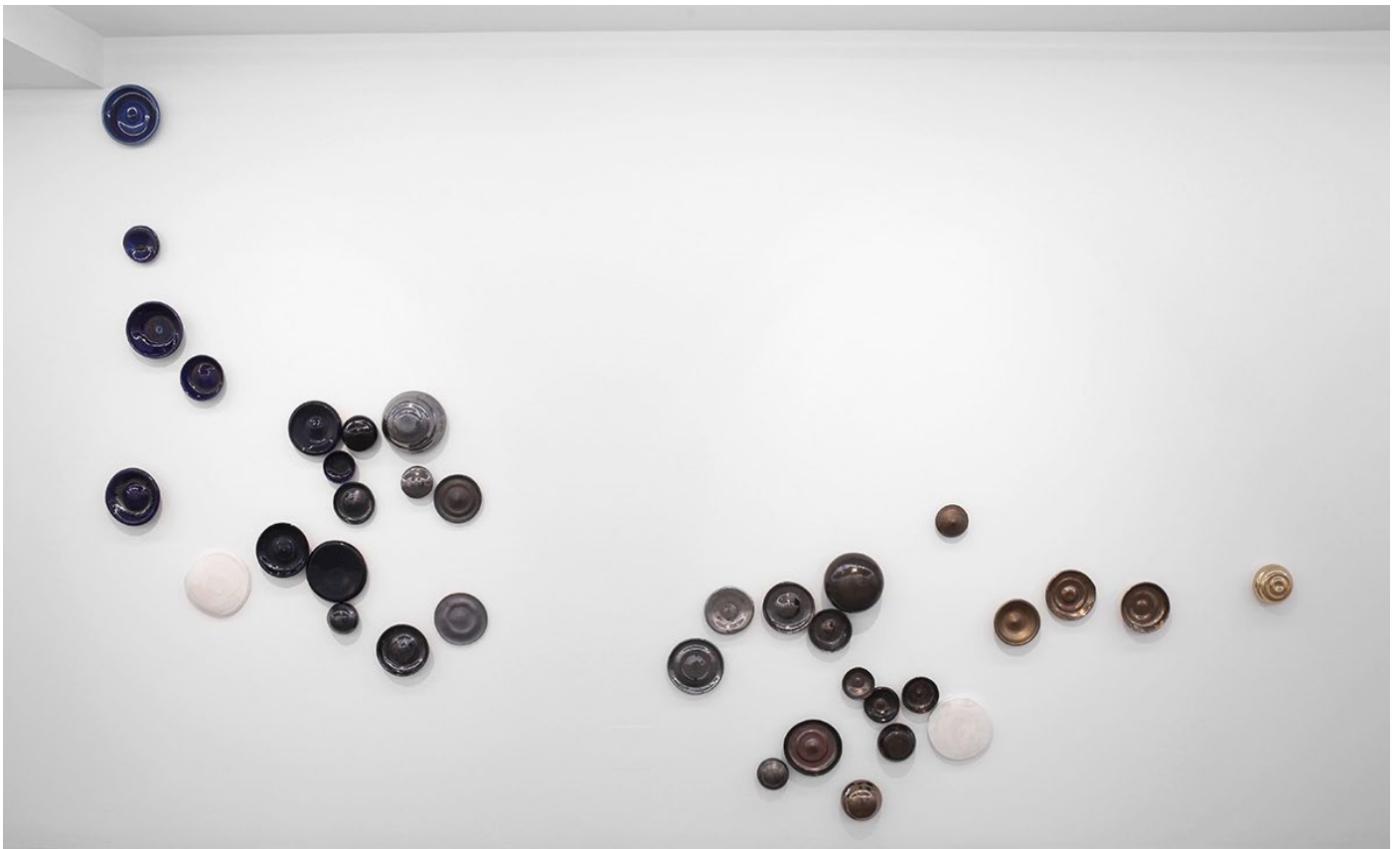
Ozzy, 2019 | Ozzy, 2019

Lapiz sobre papel | Pencil on paper

19 x 29 cm | 7.5 x 11.4 in

Inventario | Inventory: GB0036

GABRIEL BAGGIO



Pegasus. Argenta/Buenos Aires. 1979, 2020 | Pegasus. Argenta/Buenos Aires. 1979, 2020

Cerámica esmaltada con lustre de oro y platino | Enameled ceramic with gold and platinum luster

250 x 350 x 7 cm | 98.4 x 137.8 x 2.8 in

Inventario | Inventory: GB0039

GABRIEL BAGGIO



DETALLE | DETAIL

Pegasus. Argenta/Buenos Aires. 1979, 2020 | Pegasus. Argenta/Buenos Aires. 1979, 2020

Cerámica esmaltada con lustre de oro y platino | Enameled ceramic with gold and platinum luster

250 x 350 x 7 cm | 98.4 x 137.8 x 2.8 in

Inventario | Inventory: GB0039

GABRIEL BAGGIO



Cruz del sur. Argenta/Buenos Aires. 1979, 2020 | Cruz del sur. Argenta/Buenos Aires. 1979, 2020
Gres esmaltado con lustre de oro | Enameled stoneware with gold luster
150 x 130 x 7 cm | 59.1 x 51.2 x 2.8 in
Inventario | Inventory: GB0040

GABRIEL BAGGIO



DETALLE | DETAIL

Cruz del sur. Argenta/Buenos Aires. 1979, 2020 | Cruz del sur. Argenta/Buenos Aires. 1979, 2020

Gres esmaltado con lustre de oro | Enameled stoneware with gold luster

150 x 130 x 7 cm | 59.1 x 51.2 x 2.8 in

Inventario | Inventory: GB0040

GABRIEL BAGGIO



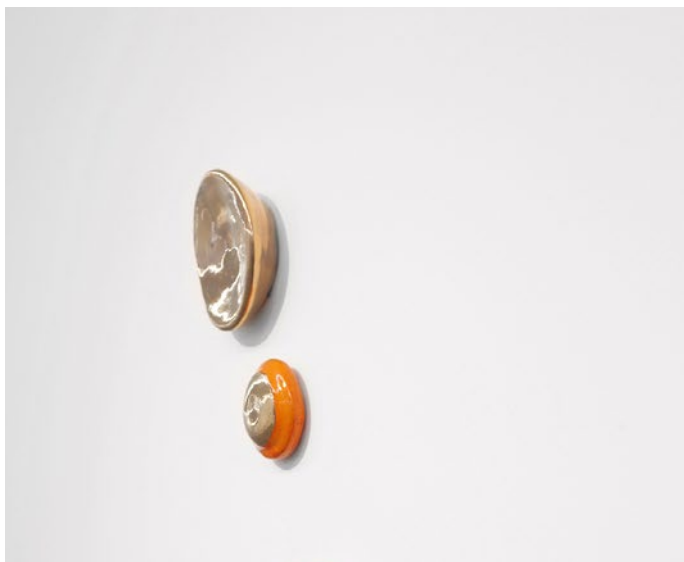
Osa mayor, osa menor. Argenta/Buenos Aires. 1979, 2020 | Osa mayor, osa menor. Argenta/Buenos Aires. 1979, 2020

Cerámica esmaltada con lustre de oro | Enameled ceramic with gold luster

100 x 150 x 7 cm | 39.4 x 59.1 x 2.8 in

Inventario | Inventory: GB0041

GABRIEL BAGGIO



DETALLE | DETAIL

Osa mayor, osa menor. Argenta/Buenos Aires. 1979, 2020 | Osa mayor, osa menor. Argenta/Buenos Aires. 1979, 2020

Cerámica esmaltada con lustre de oro | Enameled ceramic with gold luster

100 x 150 x 7 cm | 39.4 x 59.1 x 2.8 in

Inventario | Inventory: GB0041

GABRIEL BAGGIO



Matar y morir, 2018 - 2019 | *Matar y morir*, 2018 - 2019

Hongos, marcador, grafito y carbonilla sobre lienzo | Fungus, marker, graphite and charcoal on canvas

200 x 360 cm | 78.7 x 141.7 in

Inventario | Inventory: GB0038

GABRIEL BAGGIO



DETALLE | DETAIL

Matar y morir, 2018 - 2019 | *Matar y morir*, 2018 - 2019

Hongos, marcador, grafito y carbonilla sobre lienzo | Fungus, marker, graphite and charcoal on canvas

200 x 360 cm | 78.7 x 141.7 in

Inventario | Inventory: GB0038

GABRIEL BAGGIO



La tempesta, 2020 | *La tempesta*, 2020
Cerámica esmaltada | Enameled ceramic
120 x 12 x 5 cm | 47.2 x 4.7 x 2 in
Inventario | Inventory: GB0042

GABRIEL BAGGIO

MATAR Y MORIR

HACHE, Buenos Aires, Argentina, 2020

La vuelta al reino en un acto

Aquí se convoca al matar y al morir como expresiones de vida. Y como hechos básicos de la existencia. No matar **o** morir, binarismo inútil y oposición peligrosa, apta para toda guerra. Lo contrario: la conjunción **y** que hay entre matar/morir fue central para el artista inspirado por un instante. Ese instante en el que se aprieta un gatillo, alguien muere y alguien nace. En dos hemisferios, Pegasus del Sur y del Norte. En varias fases, de la destrucción a la creación, de la batalla a la contemplación. De la contemplación de la batalla, a la creación de lo que será destruido.

La escena de encuentro con la muerte violenta es un lugar común secreto y una disyuntiva más cotidiana de lo que se piensa. Claro que se prefiere no pensar, puede ser insoportable. También estetizable: cuerpos revueltos en la misma tierra bajo la mirada del cielo pueden ser naturaleza muerta o *still life*, que es vida fija. O *dead life*: la vida muerta, la muerte-vida. La vida revuelta con la muerte que siempre da naturaleza. Fija que parece inmóvil y sin embargo se mueve.

Ahora bien, el mandamiento bíblico prescribe el no matarás. Hace unos años Oscar del Barco lo reactualizó en una carta abierta donde cuestionaba el matar por la revolución, la patria, la libertad, los grandes ideales emancipatorios. Decía: no matarás al ser humano porque cada humano es sagrado y cada humano es toda la humanidad. Y agregaba: no matar sin embargo es imposible, porque de hecho se mata, y a la vez, lo único posible, porque si se asumiera el matar por principio, no existiría la humanidad. No matar sería un ruego, una súplica, un mandato que no puede explicarse, pero que estaría dando vueltas alrededor como presencia sin presencia, como fuerza sin fuerza, como ser sin ser.

Se mata; matamos. No solo en defensa de un territorio, un ideal, una religión. No matarás allí sería un principio antropocéntrico, especista, limitado a la humanidad. Si extendemos el mandamiento más allá de lo humano, el no matar será aún más improbable. Se mata o se delega en carniceros, matarifes, pescadores y cocineros la ejecución y proceso de carne de aves, vacas, cerdos, ovejas, peces, mariscos. Se paga por matar, cuando no somos capaces, a todo aquel que sepa hacerlo.

Ahimsa, el primer precepto del canon pali, indica la no violencia porque todos temen a la muerte: sabiendo que todos sienten como tú, no mates ni hagas matar. También se podría decir, así como soy yo, son los demás (mortales): por lo tanto, mejor es no matar ni hacer matar. Se sobre entiende que todo organismo vivo desea vivir y teme que lo maten. No obstante, o precisamente por eso, se mata.

Se mata o se encarga a alguien que mate por supervivencia, para comer o abrigarse. Al cazador le está vedado sentir empatía por su presa al momento de disparar la flecha o la bala, pero si sólo mata para comer, su falta será transitoria y hasta razonable.

Se mata por miedo, justificado o no, a un insecto venenoso, a una fiera que ataca y obliga a la defensa propia, a un enemigo real o imaginario: hay fieras humanas.

Se mata o se delega en funcionarios y fuerzas de seguridad la vigilancia y defensa de la vida y la propiedad a través de la carga impositiva de casi cualquier sociedad.

Se mata por compasión, cada tanto, a la mascota u otro ser querido que sufre una enfermedad terminal, que no tiene remedio.

Se mata por accidente, a veces, al roedor o al pájaro que se cruzó en la ruta, al insecto que se pisó sin querer, a las personas que chocan por descuido o negligencia, homicidas culposas.

Se mata sin intención de matar, aunque sí de causar daño, en situaciones de riña, pelea, castigos en los que a la violencia se le va la mano o el pie.

Se mata por obediencia, en las guerras "sucias" o "limpias", en la acción policial, en el trabajo del verdugo.

Se mata por codicia y por hambre de apropiación de bienes en pequeña o gran escala.

Se mata por indignación, sed de justicia o venganza: muerte a los represores, represalias durante una revuelta, pena capital por mano propia o ajena.

Se mata por odio religioso, racial, xenófobo y femicida, por homofobia y transfobia, por aversión y desprecio al diferente.

Se mata por juego ritual, sagrado o profano: sacrificios, duelos, retos, defensa del honor y la gloria.

GABRIEL BAGGIO

Se mata por deporte: caza deportiva, tauromaquia, espectáculos bestiales, herencias de circo con gladiadores.

Se mata por placer, una sensación que puede incluir el goce de compadecer a la víctima, y por voluntad de poder, un estímulo de superioridad sobre otros/as.

Se mata sin razón o por pérdida de la razón: asesinos indiferentes, *psycho-killers*, patologías varias.

Se mata por pasión de autoabolição: hastío de vivir, pueblos cansados, combatientes suicidas. Sólo en este último caso hay una igualación entre matar y morir en el acto.

¿Se mata por aburrimiento o por “tener la experiencia”? Eso sería cruzar una raya, una línea que raya en la locura: la curiosidad no puede o no debería atravesar ese límite ético, cuando matar es peor que un pecado o herejía, es un error, quizá el error más grande que puede cometer un mortal. Si hay que “matar el tiempo”, mejor que sea sobre algo propio, por ejemplo el propio tiempo, no el de alguien más. Si se quiere una experiencia, mejor que sea sin hacer daño al resto.

Es una cuestión de fronteras: hay una erótica en la violencia y el potencial está en nosotros. Esa fue la batalla de Bataille, revelar el erotismo hasta en la muerte, para reclamar conciencia. Una autolimitación se impone. Sin ingenuidad: la representación de todos los sufrimientos, las crueldades, las masacres en y por la historia humana no necesariamente detendrá ese impulso. El arte es aquí un dios débil. Sin embargo, el arte tampoco puede dejar de actuar, de intervenir en el movimiento animal básico que va entre matar y morir.

Ese movimiento nos devuelve en el acto al reino de pertenencia. Nada sabemos –por lo menos en carne propia- sobre cómo se siente la muerte violenta en el reino vegetal, pero con los animales compartimos esa condición. Claro que no todo es lo mismo: hay obvias diferencias entre matar un humano y un animal no humano, y también entre un vertebrado y un invertebrado. Somos más solidarios con los semejantes, con quienes más se nos parecen o estén más cerca en la escala evolutiva o en la cadena alimentaria: mamíferos, aves, peces. Hay también distinciones y jerarquías intra-humanas, que pueden ser justificadas de varias maneras. Se llama asesinato a la muerte reprochable y considerada delito según la ley y las costumbres sociales, que cambian cada tanto. Hasta fines del siglo XX no existía el femicidio como figura penal. En muchos lugares la ejecución de la infiel y el “crimen pasional” han sido y siguen siendo aceptables. También la violación y la matanza en combate.

El historiador Huizinga planteó que la comunidad arcaica trazaba los límites de lo permitido en la guerra como parte de una cultura en la que primaría el honor. Los contendientes tenían que conocer las reglas, respetarlas y respetarse entre sí porque se consideraban iguales. Pero cuando el juego de la guerra se dirige contra los que se imaginan inferiores, o exteriores a la especie, tribu o clan, la limitación de la violencia desaparece y solo prima el deseo de vencer por exterminio o humillación del enemigo. Quizá por eso hoy tenemos tantos desastres y emergencias climáticas, ecológicas, sociales.

Nada puede hacer el arte contra este holocausto. El arte puede revelar la pija, la bala, la exposición del cuerpo que al desnudarse, nos iguala. Aunque pensemos a ese cuerpo como el de un ser diferente, la piel desnuda exhibe sus genitales durante el rito sacrificial y así nos devuelve a la condición primera. El cuerpo sacrificado nos recuerda nuestra continuidad perdida. Todos morimos. Todos matamos. Matar es igual que morir: terrible, y muchas veces inevitable.

Atenuantes: una mínima parte de la humanidad no mata ni exige que otros lo hagan, o intenta no hacerlo sea cual sea la circunstancia, incluso el hambre. Monjes que no solo serán veganos sino que ventilarán o limpiarán las sillas donde se van a sentar para no aplastar algún insecto cuya vida también sería valiosa. Personas que se cuidan de matar sin querer o por impulso autodefensivo a todo microorganismo con el que podamos sentirnos identificados, porque somos seres vivos y parte de un continuo que se reencarna y deshace en miríadas de formas que nacen y mueren a lo largo de eones.

Hay señales en el firmamento, soles muertos, cadáveres de estrellas que iluminan nuestros ojos luego de milenios-luz de haber desaparecido. Y más acá, bien abajo, el reino de los hongos que, sin ser vegetales ni animales, proliferan desde el residuo de la descomposición de telas, cuerpos húmedos, fósiles, viejas paredes. Un reino mediador. La empatía es un sentimiento suscitado tal vez por la conciencia o los genes, pero no está al alcance de todo el mundo. Quizá sólo se trate de reducir, en lo posible, el daño que provocamos al atravesar esta porción minúscula de tiempo-espacio en el que nacemos y morimos. El arte como forma de reducción de daños, o un modo de gratitud, tal como lo fue y sigue siendo la invención de dioses. La promesa de una mediación entre reinos olvidados de su propia y básica naturaleza, la que va de la muerte a la vida en un solo movimiento, como la estrella fugaz que recién vimos y que, al igual que este momento de encuentro, ya pasó apenas lo pensamos.

Oswaldo Baigorria

Buenos Aires, marzo 2020

10 de marzo al 2 de mayo de 2020 | March 10th to May 2, 2020

HVCHE

GABRIEL BAGGIO

MATAR Y MORIR

HACHE, Buenos Aires, Argentina, 2020

Return to the Kingdom in One Act

This show summons the acts of killing and dying as expressions of life. And as basic facts of existence. Not to kill *or* to die—a useless and dangerous binary, apt for any war. Just the opposite: the conjunction *and* between the verbs to kill/to die was central to the artist inspired for an instant. At that instant when the trigger is pulled, someone dies and someone is born. In two hemispheres, Pegasus of the South and of the North. In different phases, from destruction to creation, from battle to contemplation. From contemplation of battle to creation of what will be destroyed.

The scene where a violent death is met is a secret commonplace and disjunction more ordinary than believed. It is, of course, better not to think about it—it can be unbearable. But it is also, potentially, aesthetic: mangled bodies on the ground under the gaze of the sky might make up a still life—life standing still. Or a dead life. Life enmeshed with death that is part of nature—seemingly still but in motion.

But the Bible says Thou shalt not kill, and not that many years ago Oscar del Barco¹ renewed that commandment in an open letter where he questioned killing for revolution, nation, freedom, or emancipating ideals. He said, “Thou shalt not kill a human being because each human being is sacred and each human being is humanity in its entirety.” And not killing, he went on, is impossible, because we do, in fact, kill—and the only possibility, because if killing were accepted on principle, humanity wouldn’t exist. Not killing would be a plea, a prayer, a commandment with no explanation, hovering around like a presence-less presence, like a force-less force, like a being-less being.

But we do kill—and not only to defend a territory, an ideal, a religion. Thou shalt not kill would, in those cases, be an anthropocentric principle, a characteristic of the species, of humanity. If we extended that commandment beyond the human, not killing would be even less likely. Killing is performed or delegated to butchers and slaughterers, to fishers and cooks, who process the flesh of birds, cows, pigs, sheep, fish, shellfish. When we are not up to killing ourselves, we pay those who know how to do it.

Ahimsa, the first precept of the Pali Canon, rejects violence because everyone fears death: knowing that everyone feels like you, you don’t kill or have killed. It could also be put that others (mortals) are like me, which means it is better not to kill or have killed. It is assumed that all living organisms want to live and fear being killed. Notwithstanding—or for that very reason—we kill.

We kill or have someone kill for us for survival, for food, or for shelter. The hunter must not feel empathy for his prey at the moment he shoots the arrow or bullet, but if he only kills for food, his infraction is transitory, or even reasonable.

Afraid, justifiably or not, we kill a poisonous insect, an attacking beast in self-defense, an enemy whether real or imagined (there are human beasts).

We kill or, in almost any society, pay taxes to have police forces watch over and defend our life and property.

Every so often we kill out of compassion: a pet or someone we love afflicted with a terminal disease.

We sometimes kill by accident: a rodent or a bird crossing the highway, an insect inadvertently trampled on, another person in a collision due to carelessness or neglect in acts of manslaughter.

We kill, not intending to kill but just do harm, in disputes, fights, or punishments where the violence gets out of hand.

We kill out of duty in wars both “dirty” and “clean, in police raids, and as executioners.

We kill out of greed or because we covet, grandly or modestly, things not our own.

We kill out of outrage, thirst for justice or revenge: death to the tyrants who have kept us down, retaliation during an uprising, capital punishment at one’s own hand or another’s.

We kill out of religious or racial hatred, in acts of xenophobia and femicide, homophobia and transphobia, out of aversion to and disdain for the different.

We kill in rites, both sacred and profane: sacrifices and duels to defend honor or glory.

¹ Translator’s note: An Argentine philosopher involved in armed struggle in the nineteen-seventies who, in 2004, wrote an open letter questioning the idea of justified killing for a cause.

GABRIEL BAGGIO

We kill for sport: recreational hunting, bullfighting, animal fights—the modern-day heirs to the gladiators' circus.

We kill for the pleasure of it, which can even include the pleasure of pitying the victim, and we kill in pursuit of power, to gain mastery over others.

We kill for no reason or because we have lost it: cold-blooded murders, psycho killers, and other afflictions.

We kill in a self-destructive passion: tired of living, peoples worn out, suicide combatants—the only ones who kill and die in a single act.

Do we kill out of boredom, just to experience it? That would mean crossing a line, a line that borders on madness: curiosity cannot or should not lead us across that ethical limit. To kill is worse than sin or heresy, it is a mistake—perhaps the greatest mistake a mortal can make. If we have “to kill time,” better to kill our own time, not someone else's. If you want an experience, have it without harming others.

At stake are frontiers: violence has an eroticism and its potential is in us. That was Bataille's battle: to reveal the eroticism even in death, to clamor for consciousness of it. A limit we place on ourselves. Without innocence: the representation of all suffering, all acts of cruelty, all massacres in and for human history will not necessarily keep that impulse at bay. Art here is a weak god. But that does not mean that it ceases to act, to intervene in the animal movement back and forth between to kill and to die.

That movement takes us right back to the kingdom of belonging. We know nothing—at least not in the flesh—of what the experience of violent death feels like in the vegetable kingdom, and that is something we share with animals. It is not, of course, the same: there are obvious differences between killing a human being and a non-human animal, and between killing a vertebrate and an invertebrate. We are more compassionate with those like us, with those closest to us on the evolutionary scale or food chain: mammals, birds, fish. There are also intra-human distinctions and hierarchies that can be justified in different ways. “A murder” is an unlawful killing, a crime according to social structures and customs that change from time to time. Femicide was not a legal concept until the end of the twentieth century. In many places, the execution of an adulteress and “crimes of passion” are not considered illegal, nor is rape and slaughter in combat.

Historian Johan Huizinga established that communities in ancient civilizations set limits on what was permitted in war as part of a culture to which honor was central. The rivals had to know and respect the rules, and respect one another because they were considered equals. But when war is waged on those considered inferior, or outside the species, tribe, or clan, the bounds of violence vanish and all that is left is the desire to defeat by exterminating or humiliating the enemy. Perhaps that is why today we are faced with so many climatic, environmental, and social disasters and emergencies.

Art can do nothing to stave off this holocaust. Art can reveal the cock, the bullet, the body that, when bared, shows us all to be equal. Though we believe that body to belong to someone different, the bare skin of genitals exposed during a ritual sacrifice awakens us to its primordial condition. The sacrificial body reminds us of our lost continuity. We all die. We all kill. To kill is the same as to die: dreadful, and often inevitable.

Exceptions: a tiny portion of humanity does not kill or demand that others do so, or tries not to kill under any circumstances, even hunger. Monks who are not only vegans, but also shake out their chairs before sitting down to make sure they don't squash any insect whose life also matters. People who are careful not to kill inadvertently or in alleged self-defense any micro-organism we might be able to identify with, because we are living things and part of a continuum that reincarnates and comes apart in myriad forms that are born and die over the course of eons.

There are signals in the firmament, dead suns, corpses of stars that shine down on our eyes after having disappeared light millennia ago. And closer at hand, here down below, the kingdom of fungus. Neither vegetable nor animal, fungi proliferate in the residue left by decaying fabrics, damp bodies, fossils, old walls. A mediating kingdom. Empathy is aroused perhaps by consciousness or perhaps by genes, but it is not available to everyone. It might be a question of reducing as much as possible the harm we can cause as we make our way through that tiny sliver of time-space that separates our birth from our death. Art as a means to minimize damage, or as a form of gratitude, just as the invention of gods was and still is. The promise of mediation between kingdoms whose basic nature has been forgotten, the one that goes from death to life in a single gesture, like a shooting star we have just seen and that, like this split second of convergence, is done as soon as we figure it in our mind.

Osvaldo Baigorria
Buenos Aires, March 2020

10 de marzo al 2 de mayo de 2020 | March 10th to May 2, 2020

English version: Jane Brodie

HVACHE

GABRIEL BAGGIO

BIOGRAFÍA

Gabriel Baggio nació en Buenos Aires, Argentina en 1974, donde vive y trabaja.

En 2019, recibió el Primer Premio en Cerámica del Salón Nacional. Obtuvo el Segundo premio del Concurso de Artes Visuales del Fondo Nacional de las Artes de 2016; el Gran Premio de Honor del salón UADE de pintura; el Primer Premio del salón Klemm de Artes Visuales y el Premio para Menores de 35 años del LX Salón Nacional de Rosario.

Fue invitado por Urra/Yaxs para una residencia artística en la Ciudad de Guatemala; por la Universidad Nacional Autónoma de México para participar en Performagia'07, México DF; becado por TriangleArt Trust para participar del Hong Kong international artist's Workshop, China y por Unesco-Aschberg para realizar una residencia de 4 meses en el Museo de Arte Moderno de Dublín, Irlanda.

Realizó exhibiciones individuales, grupales y performances en Fundación OSDE, Buenos Aires, Argentina; Fundación Klemm, Buenos Aires, Argentina; World Bank of Washington, Estados Unidos; Frankfurter Kunstverein, Frankfurt, Alemania; en la 1ra Bienal de las Américas, Denver, Estados Unidos; Museos de Arte Moderno de Buenos Aires y de Dublín, Irlanda; Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires, Argentina; Fundación PROA, Buenos Aires, Argentina; centro Simón I. Patiño, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia; Museos de Arte Contemporáneo de La Plata, Buenos Aires, Argentina; Caracas, Venezuela; Río de Janeiro, Brasil y de Rosario, Santa Fé, Argentina; Centro de Exposiciones de Saint-Hyacinthe de Montreal, Canadá; Casa Nacional del Bicentenario, Buenos Aires, Argentina; Centro Cultural Recoleta, Buenos Aires, Argentina; y en diversos espacios de arte y galerías de la ciudad de Buenos Aires, Tucumán, Madrid, Córdoba, Miami, México D.F, Rosario, Dublín, etc.

Poseen su obra el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires; Colección Supervielle; Fundación UADEart; Fundación F.J. Klemm; Museo Castagnino-Macro de Rosario; Museo Nacional de Bellas Artes de Neuquén y diversas colecciones privadas en Argentina y el mundo.

Gabriel Baggio was born in Buenos Aires, Argentina in 1974, where he lives and works.

In 2019, he received the First Prize in Ceramics from the Salón Nacional. He won the Second Prize of the Visual Arts Contest of the Fondo Nacional de las Artes in 2016. In 2012, he received the Grand Prize of Honor in Painting from UADE. Baggio was also a recipient of the First Prize from the Premio Klemm a las Artes Visuales in 2009. In 2005, he won the Prize for artists under 35 years of the LX Salón Nacional de Rosario.

He participated in the following residency programs: Urra / Yaxs, Guatemala; participated in by the National Autonomous University of Mexico to participate in Scholarship from the TriangleArt Trust to participate in the Hong Kong International Artist's Workshop, China and by Unesco-Aschberg for a four-month residency at the Museum of Modern Art in Dublin, Ireland.

He has presented Solo shows, Group exhibitions and performances at Fundación OSDE, Buenos Aires, Argentina; Klemm Foundation, Buenos Aires, Argentina; World Bank of Washington, United States; Frankfurter Kunstverein, Frankfurt, Germany; at the 1st Biennial of the Americas, Denver, United States; Museums of Modern Art of Buenos Aires and Dublin, Ireland; Museum of Latin American Art of Buenos Aires, Argentina; Fundación PROA, Buenos Aires, Argentina; Simón I. Patiño center, Santa Cruz de la Sierra, Bolivia; Museums of Contemporary Art of La Plata, Buenos Aires, Argentina; Caracas, Venezuela; Río de Janeiro, Brazil and Rosario, Santa Fe, Argentina; Saint-Hyacinthe Exhibition Center of Montreal, Canada; National House of the Bicentennial, Buenos Aires, Argentina; Recoleta Cultural Center, Buenos Aires, Argentina; and in various art spaces and galleries in the city of Buenos Aires, Tucumán, Madrid, Córdoba, Miami, Mexico D.F, Rosario, Dublin, etc.

His work is part of the following collections: Museo de Arte Moderno de Buenos Aires; Supervielle Collection; UADEart Foundation; F.J. Klemm; Rosario Castagnino-Macro Museum; Museo Nacional de Bellas Artes de Neuquén and various private collections around the world.